

En los altos círculos sociales hay también alguna animación en el invierno, y la Corte da siempre varios bailes en el año.

Aunque ligera é imperfectamente, hemos tratado de dar á nuestros lectores una idea de la capital de Baviera, nada nos resta ya que decirles; abandonemos á Munich, del que siempre hemos conservado gratos recuerdos, y continuemos nuestro viaje, pero antes dediquemos algunos instantes al manuscrito de Genaro; continuaba así:

CAPITULO CXXIII.

Continúa el manuscrito de Genaro.

Dos dias se pasaron aún, al fin Justo me dijo:

—He encontrado ya un lugar seguro para educar á este niño al que desde este dia daremos por muerto.

Yo acogí gustosa esta idea, porque con ella ponía á cubierto tu vida y en compañía de Justo me trasladé al lugar que debía servirte de morada; era este un oscuro subterráneo de la torre de un castillo que acababan de entregar al bueno de Justo para que lo cuidase; para todos era un secreto la existencia de aquel subterráneo, y era

allí donde quería educarte oculto é ignorado de los hombres.

—¿Y es en esta oscura masmorra donde vas á tener á mi hija? le pregunté con los ojos anegados en llanto.

—Señorita, replicó mi fiel servidor, si yo viese al niño á mi lado, lo comprometeria tanto como vos; entregarlo en manos mercenarias por mas confianza que las personas me inspirasen, temeria siempre que pudiesen corromperlas; por otra parte, para que se dé crédito al rumor de la muerte de vuestro hijo, es preciso que el niño desaparezca para destruir por completo las pesquisas de sus perseguidores. En cuanto á Genaro, es demasiado pequeño para sufrir con su prision en esta edad nada se aprecia, nada se recuerda; educado en una feliz ignorancia no podrá apetecer lo que no conoce, y será tan dichoso en su oculta morada, cuanto los otros niños en la libertad del campo.

—Veo que piensas con mas madurez que yo, respondí á Justo, á todo estoy dispuesta para salvar su vida, y en tus manos confio el porvenir de mi hijo

Al decir estas palabras prorrumpí en amargo llanto, y Justo comenzó á prodigarme de nuevo sus consuelos. Como yo á los ojos de todos pasaba por esposa de mi fiel servidor, aquella misma

noche nos trasladamos unidos al castillo, y mientras todos dormian, Justo y yo llevamos al subterráneo todos tus muebles y tus juguetes; una vez arreglada tu morada solo faltaba conducirte á ella; tú dormias hijo mio, yo te tomé en mis brazos te estreché contra mi corazon cubriéndote de besos y de lágrimas, era mi postrer adios; la tierna despedida de una madre, que por siempre se separa del hijo idolatrado de su corazon..... Temerosa de que si despertabas no tuviese ya fuerzas para abandonararte, te coloqué en tu lecho, imprimiendo un beso en tu frente, salí precipitadamente del subterráneo; fué aquella mi última despedida!..... Cuando despierte, me decia, ya no tendrá madre!..... y á esta idea me abandonaban las fuerzas y me sentia morir.

Aquella noche la pasé sola en el desierto castillo, entregada á mi dolor y mis lágrimas: Justo habia quedado á tu lado, y yo con libertad pude dar rienda suelta á mi amargura.....

Aquí mi pobre madre se vió obligada á suspender de nuevo el relato de su historia, porque el llanto embargaba su vez, y el recuerdo de sus pasados tormentos la tenian profundamente conmovida; yo lloraba tambien. ¡Ah! quién hubiera podido escuchar sin conmoverse la triste historia de mi madre!..... Cuando la ví tan fatigada ro-

dió su cuello con mis brazos y con el acento embargado por el llanto:

—Descansa madre mia, la dije imprimiendo en su frente un beso de ternura. ¡Oh cuán grande aparecia en aquel instante ante mi vista!..... ¡ella habia sido una mártir sobre la tierra, y su resignacion y sus sufrimientos me la hacian mas amada aun!..... pasóse un largo rato de silencio; al fin mi madre añadió:

Preciso es Genaro que demos fin á esa historia; quiero que te convenzas de que si tu sufrías por no tener una madre, yo moria al abandonar-te hijo mio!

No tienes necesidad de justificarte madre mia, exclamé con entusiasmo; has sido una santa, y Dios te ha coronado como á sus escogidos, con la corona del martirio!

No hijo mio, exclamó tristemente mi madre; yo habia delinquido, y Dios debia castigar mi falta!

Iba á replicar, pero mi madre me lo impidió, diciéndome: no trates de excusarme Genaro; la mujer que una vez ha faltando á sus deberes, solo puede esperar una suerte desgraciada como la mia; pero no hablemos de eso, voy á concluirte el relato de mi triste historia.

En la mañana despues de tan triste noche, se presentó Justo; al verlo corrí hácia él ¡y mi hi-

jo? preguntele con ahinco; duerme aun me respondió mi fiel servidor; entonces haciéndome un supremo esfuerzo, le hablé de esta manera:

Juslo, tú has sido desde la infancia para mí un fiel amigo, el compañero de todas mis desgracias, el único que en el mundo conoce mi secreto y mi desventura; hoy vas á prestarme el mayor d. los servicios: te entrego por completo á mi hijo; en tí descanso; edúcalo Justo bajo las más sólidas bases de moralidad y virtud, enséñale á amar á su madre, para que ya que no puedo verle, sepa yo al menos que me ama!..... Este pobre niño debe ignorar el nombre de sus padres; infunde en su tierno corazon el amor para con ellos, pero que su nacimiento y mi triste historia sean siempre un secreto para él. ¡Ah si lo supiese serian inútiles todos estos sacrificios; en su indiscrecion de niño se entregaría él mismo en manos de sus perseguidores!..... el llanto sofocó mi voz hijo mio; la pena me ahogaba y Justo conmovido se apresuró á contestarme:

Descansad en mí, Señorita, yo cuidaré al niño con la misma solicitud con que vos le cuidábais; le educaré segun las reglas que acabais de indicarme, y diariamente os daré noticias suyas

Gracias, mi buen Justo, repliqué á mi fiel servidor.

Ahora debo consumir el sacrificio, y partir lejos, muy lejos; permanecer aquí, sería indicar yo misma el lugar de su retiro. ¡Ah! preciso me es, ni aun respirar el mismo aire que él respira!.....

¿Pero adónde iréis? preguntóme Justo con ansiedad:

Escucha repliqué tristemente; á algunas leguas de aquí existe un convento oculto y retirado; en el seno de este claustro solitario es donde yo quiero habitar huyendo del mundo y de los hombres; no pretendo abrazar la santa vida que llevan esas puras vírgenes consagradas al Señor; no, mi corazón despedazado por las pasiones y víctima de un desengaño, no podría jamás consagrarse al Dios tres veces santo, como los de ese coro de vírgenes que puros y ardientes se entregaron á su Esposo Divino, abandonando el mundo, sus halagos y placeres; yo no puedo aspirar á tal dicha sería esto en mí una profanación y un crimen..... intento solo buscar nn asilo ignorado en ese recinto sacrosanto; allí entregada á la oración espiaré mi falta, y en la morada de la inocencia y de la virtud, quizás lograré alcanzar la tranquilidad de mi espíritu por siempre perdida, y la calma de mi pobre corazón!.....

Adios Justo, diariamente me buscarás en ese asilo ignorado; para todos sea un secreto mi retiro; hasta para mi hijo idolatrado!.....

Por piedad, cuida con esmero de ese pobre niño, ámalo enal si fuese hijo tuyo, y si algun dia te molesta piense en su triste situación; piense ¡ay! en los tormentos de su desventurada madre!.....

Recibí entonces hijo mio los juramentos que me hizo Justo de amarte y verte como un hijo, y me arranqué con el corazón hecho pedazos del castillo en que habitabas. Bañada en lágrimas dirigí mis pasos al oculto Monasterio; hablé con la prelada, la rebelé mi triste historia, y aquella buena religiosa compadecida de mi juventud y de mis lágrimas, me concedió un asilo y las puertas del claustro se cerraron tras de mí!.....

Justo cumpliendo su promesa diariamente llevábame noticias tuyas; un dia supe que había llegado ya á oídos de la familia de Milord, los rumores de tu muerte y mi regreso á la patria; entonces hijo mio quedé mas tranquila sobre tu felicidad y tu vida. Así se pasaron nueve años; mi residencia en el Monasterio fué dulce y tranquila en cuanto cabe; allí diariamente tenía ante la vista los mas elocuentes modelos de virtud; allí sin temor ninguno se derramaban mis lágrimas en el seno de la mas dulce amistad; ¡cuántos consuelos recibia yo de aquellas buenas religiosas! cuán asíduos eran sus cuidados, y cuán tiernas y dulces sus palabras!..... yo envidiaba su vida; todas tenían la felicidad retratada en el semblan-

te, y al verlas diariamente entregarse con infantil alegría á la oracion y al trabajo, mi corazon las admiraba y en mi interior me arrepentia de no haber abandonado el mundo como esas puras vírgenes, antes de que sus envenenados golpes hubiesen desgarrado mi pobre corazon..... Nada turbaba en ese recinto venerado la paz y la alegría de aquellas santas religiosas; yo á su lado vivia feliz diria, si tu recuerdo hijo mio no hubiera de continuo destrozado mi alma y arrancado lágrimas á mis ojos.....

Así pasaron, como te decia, nueve años; entonces me fué preciso abandonar aquel claustro venerando; tú tenias ya diez años Genaro, y pensábamos darte una educacion; nueve años de estar enteramente oculto, habian confirmado las sospechas de tu muerte, y mi completa desaparicion habia calmado la persecucion de la familia de tu padre; íbamos á conducirte á un colegio de Venecia, y como tendrias que separarte de Justo, yo hijo mio quise seguirte y velar por tu dicha en un punto inmediato al que habitases: instada por tan poderosas razones, dejé el asilo santo; con el corazon hecho pedazos me separé de aquellas buenas religiosas á quienes amaba ya con todo el alma; la noche de mi partida del monasterio fuí al castillo, y como quizás no volveria á verte, quise contemplarte por la última vez. Cubierta

con un espeso velo, bajé aquella noche á tu prision: lo que allí pasó tú lo recuerdas hijo querido, y solo te diré, que tus palabras destrozaron mi alma, y que me aparté de tí con el corazon hecho pedazos!.... Otra vez te ví en el templo, tambien me hablaste Genaro, y solo Dios puede comprender lo que sufrí en el momento en que me fué preciso rechazarte!.....

Aquí mi madre se vió de nuevo obligada á interrumpirse por lo copioso de su llanto; yo le prodigué mis consuelos y caricias, y repuesta algun tanto, concluyó así el relato de su triste historia:

— Cuando estuviste en Venecia Genaro, y Justo te dejó en manos de D. Mariano, mi fiel servidor volvió á mi lado, y mandando trasladar á Inglaterra su familia, se estableció en la Aldea de H, poco distante de Lóndres, donde ya grande te volví á ver: yo entonces permanecí por algun tiempo en el mismo lugar en que tú habitabas. Pronto supe que Milord, habiéndome buscado en vano, y creyendo que no habria podido sobrevivirte, condescendiendo con los deseos de su familia, se habia unido á una rica princesa de Italia y que tenia una hija; supe igualmente que no amaba á su esposa, y toda su ternura la habia fijado en la niña que el cielo les habia deparado: estas noticias me hicieron mucha impresion, y queriendo que Edmundo supiera que aún vivia su hijo, le escri-